

INDAGACIÓN DE LA METRÓPOLI.
LA BUENOS AIRES
DE EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA*

Adrián Gorelik

1. Todas las grandes ciudades producen ese género de literatura ensayística que aquí llamamos “indagación de la metrópoli”. Porque desde su misma formación, la gran ciudad moderna ha aparecido como un enigma mayor de la vida social, un artefacto sofisticado y complejo que revoluciona incessantemente las formas de relación, en la esfera pública tanto como en la privada, pero que al mismo tiempo es naturalizado casi de inmediato por la sociedad urbana, gracias a esa capacidad de la ciudad de plasmar las formas sociales en matrices espaciales de la cotidianeidad: calles y plazas, edificios, monumentos, convertidos entonces en indicios materiales de una dimensión simbólica de la vida moderna que la ciudad simultáneamente produce y encarna. Quizás ésta sea una de las razones por las cuales siempre apareció ante la imaginación social como un territorio denso y sobresignificado, poblado de claves que se ofrecen al desciframiento como la trama de una novela policial; un territorio que si por una parte es uno de los factores primordiales del des-

* Una primera versión reducida se publicó en portugués: “A Buenos Aires de Ezequiel Martínez Estrada”, *Tempo Social. Revista de sociologia da USP* (São Paulo, Universidade de São Paulo), vol. 21, núm. 2 (noviembre de 2009), pp. 35-59.

encantamiento del mundo —el mundo mismo del desencantamiento realizado—, por otra parte, su fuerza simbólica, la textura cifrada de su espacio social, parecen producir un reencantamiento que azuza la interpretación.

Durante cierto tiempo relegado en el campo del pensamiento urbano, ese género de indagación ha sido revalorado en las últimas décadas en el marco de la importancia que ganó la dimensión cultural en el debate sobre la modernidad, identificando en las reflexiones sobre la metrópolis una de sus principales canteras, como muestra el renacido interés por una figura como Georg Simmel, posiblemente el primer autor que explotó conscientemente las afinidades entre un modo de *pensamiento figural* como el que favorecía el ensayo, y una realidad material como la de la ciudad, pletórica de configuraciones simbólicas a través de las cuales interrogar los hechos sociales, convirtiéndose en un pivote fundamental entre el ensayo cultural y la teoría social.¹

Desde este punto de vista sería posible ver alternarse dos ciclos en las perspectivas de interrogación sobre la ciudad a lo largo del siglo XX: si los tres primeros cuartos del siglo el pensamiento urbano parece “avanzar” del ensayo cultural a la teoría socio-urbana (desde aquella extraordinaria lectura de Simmel que realizó la Escuela de Chicago en adelante, a través de combinaciones y recambios teóricos radicales que se desarrollaron en líneas muy diversas, tales como ecología urbana, antropología espacial, economía de la localización, etc., pero coincidentes todas en la aspiración a una sistematización científica creciente), por el contrario, en el último cuarto del siglo todo ese proceso parece haberse

¹ Tomo la expresión “pensamiento figural” de Franco Rella, que siguió el hilo del mismo en la crítica, el arte y la literatura centroeuropea de las primeras décadas del siglo; véase *Metamorfosi. Immagini del pensiero*, Milán, Feltrinelli, 1984, pp. 27 y 31 respectivamente. He analizado esta línea de pensamiento en relación a la ciudad en “Historia de la ciudad e historia intelectual”, *Prismas* (Buenos Aires), núm. 3 (1999).

desovillado en un “regreso” a las fuentes culturalistas (un regreso que volvió a poner en el centro a Simmel y a toda una constelación de pensadores que se desprendía de él, especialmente Walter Benjamin).

O, al menos, así es como lo presentó el debate postmoderno en los años ochenta. En verdad, si miramos más de cerca otras dimensiones del pensamiento sobre la ciudad, podremos advertir que desde los años cincuenta venía ocurriendo una irrupción de perspectivas culturalistas —enfoques semiológicos, antropológicos, históricos, políticos— que se tradujeron en grandes corrientes de reflexión urbana: resultado de la crisis de las convicciones modernizadoras en el sitio en que ellas habían impuesto más ruinosamente sus principios durante las reconstrucciones de posguerra, la ciudad, lo que comenzó a quebrarse entonces fue un tipo de relato modernista que vinculaba mecánicamente la ciudad y el progreso, abriéndose así la caja de Pandora de los abordajes posibles del tema urbano, que convivieron durante un par de décadas con los enfoques cientificistas, pero pudieron aparecer como relevo cuando aquéllos entraron en su crisis terminal.

En el caso de la ensayística sobre la ciudad, ese relevo se apoyó en un doble reconocimiento: el de las dificultades intrínsecas de una teoría de la ciudad, ya que la pluralidad desbordante de lo urbano convierte a la ciudad en un objeto escurridizo e impermeable a la sistematización teórica, y el de la riqueza del ensayo cultural, no sólo por su capacidad de captar procesos de producción simbólica de la ciudad que resultan fundamentales también a la hora de comprender la dinámica socio-urbana, sino por su creatividad configuradora, su inventiva para ofrecer figuras simbólicas que actúan sobre la imaginación social *traduciendo* la ciudad, convirtiendo la realidad metropolitana en conocimiento social. Justamente aquel aspecto más combatido de la producción ensayística, su potencia metafórica, esa economía ficcional

que produce un continuo deslizamiento de sentido de lo literal a lo figurado, termina siendo reconsiderada con relación al conocimiento de la ciudad no sólo por su agudeza perceptiva, sino por su eficacia performativa.

Por cierto que esta heterodoxia de las últimas décadas en la evaluación de la productividad de las diversas vías de interpretación de lo social no está ceñida a la ensayística urbana: las ciencias sociales todas se han volcado a revisar una literatura que se había producido a la sombra de la principal teoría sociológica y, más aún, han validado un nuevo régimen de lectura de los clásicos, estableciendo una conciliación con la dimensión lírica de su escritura, en lo que sin duda ya constituye un nuevo capítulo en la historia de la “tercera cultura”, como denominó Wolf Lepenies al pensamiento sociológico, siempre vacilante entre las atracciones opuestas de la ciencia y la literatura.² Sin embargo, las limitaciones epistemológicas de los intentos de abordaje científico a la ciudad han producido un estallido culturalista específico de consecuencias posiblemente más radicales: todo lo que la ciencia urbana parece haber perdido al reconocer la irreductibilidad de la ciudad a la teoría, el ensayo cultural parece haberlo ganado en grados de libertad para abordarla.

2. Ezequiel Martínez Estrada es el primer nombre que surge cuando se piensa en la tradición ensayística argentina —y uno de los primeros cuando se piensa en la latinoamericana. Por eso mismo, su figura ha sido muy estudiada, así como fue objeto de múltiples interpretaciones su estilo de ensayo ontológico intuicionista —ese *compositum* histórico-filosófico, al decir de Altamirano y Sarlo, que reúne “varios de

² Wolf Lepenies, *Las tres culturas: la sociología entre la literatura y la ciencia*, México, FCE, 1994; sobre las lecturas de los clásicos, véase Robert Nisbet, *La sociología como forma de arte*, Madrid, Espasa Calpe, 1979.

los lugares comunes del pesimismo filosófico con una ética abstracta y un inconformismo moralista”.³ Sin embargo, uno de sus ensayos más famosos, y sin duda el más conocido de los que se han escrito sobre Buenos Aires, *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*, de 1940, no ha recibido demasiada atención, especialmente si se lo compara con los otros dos ensayos que completan su trilogía clásica, *Radiografía de la pampa*, de 1933, el de mayor impacto y al que se ha dedicado la mayor cantidad de estudios, y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, de 1948, el que lo proyectó hacia la generación “parricida” de la década de 1950 ya no como inspiración para el “denuncialismo”, sino como un innovador de la crítica literaria.⁴

Aquí nos proponemos analizar *La cabeza de Goliat* como un recipiente de corrientes muy diversas en la literatura sobre Buenos Aires —como un precipitado de figuras de la metrópoli—, intentando entender a través suyo cómo se forman y de dónde provienen las representaciones de la ciudad y, finalmente, cómo se dieron entre nosotros aquellas batallas de la “tercera cultura” en el tema urbano.

La cabeza de Goliat es, por cierto, un libro muy difícil de capturar en esquemas interpretativos consistentes, por su estructura episódica (una “colección de instantáneas” lo llamó David Viñas, en una de las escasas caracterizaciones que se han realizado) que lo vuelve mucho más desmadejado que *Radiografía de la pampa*, aunque los principales rasgos

³ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “Martínez Estrada: de la crítica a *Martín Fierro* al ensayo sobre el ser nacional”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 120.

⁴ El crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal llamó “generación parricida” al grupo que se nucleó en torno de H. A. Murena y luego en la revista *Contorno* en los años cincuenta, siendo Martínez Estrada uno de los “padres” con los que se produjo la relación más ambigua y conflictiva (la revista reivindicaba para sí una actitud “denuncialista” que también encontraba en el autor de *La cabeza de Goliat*); véase *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros*, Buenos Aires, Deucalión, 1956.

de la escritura martinezestradiana se mantienen: ese flujo de paradojas e inversiones lógicas, metáforas luminosas y diagnósticos sagaces las más de las veces perdidos en el fárrago de una argumentación exclusivamente sostenida por su potencia lírica.⁵ Pero ese carácter fragmentario también vuelve a *La cabeza de Goliat* —y esta es una de las principales sospechas que organizan nuestra lectura— mucho más porosa ideológicamente que *Radiografía de la pampa*. El libro se presenta como un *close up* sobre Buenos Aires, en directa continuidad con las hipótesis y los modos de lectura ya ensayados en la *Radiografía*, como se subraya desde los mismos títulos, enlazados por el juego de metáforas de la observación científica. Es decir, vuelven a estar presentes tanto el fatalismo racialista de los positivistas argentinos del cambio de siglo, como el simbolismo de los “alemanes intensos”, de acuerdo a la definición que propuso, no sin sorna, Jorge Luis Borges al reseñar el primero de los ensayos.⁶ Borges mencionaba la presencia en *Radiografía de la pampa* del estilo interpretativo de Oswald Spengler, Hermann Keyserling y Waldo Frank, dando cuenta de una constelación de autores que todos los comentaristas advertían y cuya importancia en los años veinte y treinta en la cultura argentina excedía largamente las preferencias estilísticas de Martínez Estrada: Spengler pasaba por su momento de mayor celebridad internacional, accesible por las tempranas traducciones de la *Revista de Occidente* dirigida por José Ortega y Gasset, quien completaba, con Keyserling y Frank, el trío de los viajeros que a finales de la década de 1920 había realizado una serie de interpretaciones de la Argentina en torno de las

⁵ La cita de David Viñas en “Martínez Estrada, de *Radiografía de la pampa* hacia el Caribe”, en edición crítica de *Radiografía de la pampa*, Leo Pollmann, ed., México, Colección Archivos, 1993, p. 413.

⁶ Jorge Luis Borges, *Revista Multicolor de los Sábados* (suplemento cultural del diario *Crítica*), año I, núm. 6 (16 de septiembre de 1933), p. 5.

que giraría buena parte de la ensayística local durante la década siguiente.⁷

El propio Martínez Estrada daría un elenco todavía más “alemán”:

Hasta el más miope [...] hubiera podido percibir que la configuración de la *Radiografía de la pampa* débese a Spengler, con su lectura simbólica de los hechos, a Freud, con su examen de las perturbaciones de la psique social, y a Simmel, con su método configuracionista [...] maestro de método y de prosa.⁸

Y también en *La cabeza de Goliat* es posible encontrar, desde el punto de vista que importa aquí, aquel *pensamiento figural* y la matriz espacial en las explicaciones sobre la sociedad y la cultura, elementos decisivos en la indagación de la metrópoli que se traducían como una metaforización de la ciudad y el territorio.⁹

Las continuidades entre los dos primeros ensayos de Martínez Estrada son muchas. De hecho, Buenos Aires ya era en aquel primer ensayo un protagonista casi excluyente, dentro de una tradición interpretativa de denuncia de la desproporción entre la ciudad-puerto y el país, y en el marco de una representación de esas relaciones —“capitales” en la historia

⁷ María Teresa Gramuglio ha analizado la persistencia de la discusión con los tres viajeros en el ensayo de la década de 1930, en “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura”, en Alejandro Cattaruzza, dir., *Nueva historia argentina*, t. VII, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

⁸ Ezequiel Martínez Estrada, “Sobre *Radiografía de la pampa* (preguntas y respuestas)”, en *Leer y escribir*, México, Joaquín Mortiz, 1969, p. 134.

⁹ He analizado los usos de la “imaginación espacial” de Spengler en *Radiografía de la pampa* en “Mapas de identidad. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo”, en Adrián Gorelik, *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004. Sobre los usos de Freud en Martínez Estrada, Hugo Vezzetti ha señalado una dimensión simbólica similar: una “apropiación del freudismo como hermenéutica de lo latente”, en “El psicoanálisis en el siglo”, *Punto de Vista* (Buenos Aires), núm. 88 (agosto 2007), p. 2.

nacional— según la cual la Argentina toda encontraba su desembocadura natural en el Plata, por lo tanto, en la pampa y Buenos Aires, igualados en su cualidad de condensación de las claves nacionales. *La cabeza de Goliath* vuelve a ofrecer una usina de metáforas para esa relación de la ciudad con la pampa, pero el mismo título del libro muestra la mayor importancia que tiene ahora la tradición de denuncia sobre las relaciones entre Buenos Aires y el país: surgida de la crisis del proyecto modernizador de finales del siglo XIX, esa denuncia va a quedar condensada de modo definitivo en la imagen de “la cabeza de Goliath”, ratificando una vez más el talento figurativo de Martínez Estrada.

Desde las primeras páginas del libro se retoman los dos argumentos centrales de la acusación contra Buenos Aires. Por una parte, sus tendencias aislacionistas, un argumento de larga data al que José María Ramos Mejía le había dedicado en 1907 un importante capítulo en *Rosas y su tiempo*, buscando explicar en el temperamento mercantil, individualista, conservador y extremadamente localista de la ciudad —el término con que lo califica es “patriotismo urbano”, muy explotado en *La cabeza de Goliath*—, el apoyo que Rosas encontró en su momento en la élite de Buenos Aires. Por otra parte, el argumento acerca del carácter “artificial” de la ciudad, un argumento que señalaba que el origen y desarrollo de Buenos Aires, estaba fundado en razones y mecanismos político-institucionales (la centralización con todas sus ulteriores implicaciones: el monopolio del puerto, el trazado del ferrocarril, la atracción de la población inmigrante, etc.) y no en genuinas potencialidades geo-económicas, siguiendo una posición proveniente de la antropogeografía que aquí había presentado Juan Álvarez en su libro *Buenos Aires*, de 1918. A partir de esos argumentos, Martínez Estrada construye buena parte de su batería de tesis, presentadas a la manera de juicios apodícticos y paradójales:

Buenos Aires es una gran maquinaria que [...] absorbe brutal y ciegamente la riqueza del interior, devora presupuestos fantásticos, come como todo gigante por la boca de su cabeza cercenada. Se alimenta de la miseria y del atraso, de la ignorancia y de la soledad. Buenos Aires es un muro en el horizonte urbano que impide mirar el interior.¹⁰

3. Pero si esos son los puntos de partida comunes entre la Buenos Aires de *Radiografía de la pampa* y la de *La cabeza de Goliat*, es evidente que apoyándose sólo en aquella tradición de indagación y denuncia Martínez Estrada no podría haber escrito un libro *sobre* la ciudad: el *close up* (el microscopio) promete un punto de vista diferente —no sólo más próximo, sino interior a la metrópoli. Para lograrlo, *La cabeza de Goliat* utiliza un recurso retórico: convierte la paradoja relacional fundamental —“Hemos hecho una gran ciudad porque no supimos hacer una gran nación” (p. 153)— en un instrumento analítico, sosteniendo que sobre cada uno de los asuntos de Buenos Aires se deben confrontar dos perspectivas que producen juicios contrastantes, la perspectiva urbana y la nacional. Esa doble perspectiva es importante para el libro, en un sentido estratégico, para despejar los malentendidos que genera la observación focalizada en la ciudad (porque si se ve a Buenos Aires sin el país se la cree “un portento de poderío y vitalidad” y se olvida que su riqueza proviene del interior y que Buenos Aires “procedió con esos aportes sagrados” para engrandecerse como urbe y no como Capital de la Nación (p. 21); pero, sobre todo, es importante tácticamente para darle cierta autonomía a un análisis interno de Buenos Aires como la gran metrópolis que también es. Así, Martínez Estrada encuentra en su propio

¹⁰ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1983, p. 84. Todas las citas del libro proceden de esta edición; de aquí en más, se señalan con el número de la página correspondiente al final de la cita.

sistema figurativo un recurso analítico que le sirve para abocarse —sin perder de vista los juicios generales sobre el país, a los que vuelve una y otra vez— al examen de las cuestiones propiamente urbanas, organizando todo el libro en ese doble andarivel.

Por ejemplo, que el ferrocarril siga siendo una de sus metáforas favoritas para denunciar un “progreso nacional” que sólo ha beneficiado a la ciudad-puerto (en su papel intermediario de los intereses británicos que diseñaron el sistema ferroviario como una telaraña que tiende sus redes sobre el país), no le impide analizarlo también como medio de transporte de Buenos Aires, donde asume un papel metafórico opuesto, ya que en contraste con la velocidad muy superior de los más modernos ómnibus urbanos y de los subterráneos (el modo de transporte que mejor encarna la vida mecanizada de la urbe), el ferrocarril queda como una tecnología decadente cuya lentitud pasa a representar la del país (pp. 37 y ss). Lo cierto es que esta doble visión le permite cambiar de frente en temas tan sensibles dentro de sus juicios más generales sobre las funciones de la ciudad en la nación y, sin caer en contradicciones aparentes, desplegar otro tipo de argumentos, como en este caso, sobre los transportes y las diversas velocidades de la metrópoli.

Y, más en general, esa doble visión le permite abordar una cuestión fundamental en *La cabeza de Goliat* —y en toda indagación de la metrópoli—: la modernidad misma. Porque desde la perspectiva nacional de Buenos Aires, a Martínez Estrada no le preocupa la modernidad en sí, sino los efectos paradójicos de su imposición artificial sobre un territorio refractario a ella, que tergiversa las supuestas virtudes del progreso en nuevas máscaras bajo las cuales travesar hábitos ancestrales. Así es en *Radiografía de la pampa*, en donde la modernidad es, en clave spengleriana, la última de las *seudoestructuras* que se han aplicado sobre el país obstruyendo su *desarrollo orgánico*: un dispositivo *ortopé-*

dico que deforma el territorio con el único beneficio de su explotación. Buenos Aires es, en ese sentido, el principal instrumento de esa imposición ortopédica, una usina de representaciones falsas sobre el progreso y la modernidad que funcionó en los intelectuales decimonónicos —Sarmiento, en primer lugar— como “un trastorno imaginario”.¹¹

Esta perspectiva se continúa en los primeros capítulos de *La cabeza de Goliath*, pero a poco de andar se produce el cambio de frente hacia la perspectiva urbana propiamente dicha, que presenta una modernidad muy diferente; una modernidad que, en la senda de Simmel, Martínez Estrada encuentra no sólo activada en la ciudad, sino como fundamento último de los más pequeños objetos del paisaje urbano y de los comportamientos convencionales de sus habitantes: la metrópolis como cosificación de la modernidad. El capítulo de transición entre una y otra perspectiva se titula, significativamente, “‘Tempo’ americano de la ciudad”: allí aparece, por ejemplo, un motivo constante en todo el libro: el de “la neurosis de las grandes ciudades” (p. 34) —un motivo que Martínez Estrada pone entre comillas para indicar, podríamos pensar, más que una deuda teórica, su extensión en 1940 como lugar común. Es un capítulo de transición porque se apoya en la convicción de que tal neurosis, a pesar de haber sido diagnosticada en primer término en las metrópolis europeas —en Berlín, más precisamente—, es específica de América, “el continente del movimiento y la velocidad” (p. 34); en nuestras ciudades, la pura apariencia va de la mano de la fugacidad, conformando un círculo de precariedad y decadencia. Como se ve, para establecer el puente entre las máscaras del progreso de la Buenos Aires nacional y la neurosis de la Buenos Aires metropolitana, Martínez Estrada declina un tópico muy extendido, ya utilizado por

¹¹ Ezequiel Martínez Estrada, edición crítica de *Radiografía de la pampa*, Leo Pollmann, ed., *op. cit.*, p. 254.

Borges —el tiempo pasa más rápido en las ciudades sin historia— y que plasmaría Lévi-Strauss en su conocido *dictum* sobre las ciudades americanas —que pasan de la lozanía a la decrepitud sin haber llegado nunca a ser antiguas.

A partir de ese punto del libro, van a ir compareciendo todos los temas de la modernidad urbana en un conjunto abigarrado que puede tomar tanto de Simmel —la vida mecanizada y racional (con el reloj como “corazón de la ciudad”) (p. 48), el nomadismo del habitante metropolitano, su personalidad fragmentada— como de Weber —la ciudad como manifestación última de la jaula de hierro (p. 56)—, pero con un cariz de reproche antiurbano mucho más próximo a Spengler. O, mejor dicho, así como en el libro se produce una *aclimatación* de la neurosis simmeliana que la vuelve un rasgo específicamente americano, hay también una *moralización* de los diagnósticos de la sociología alemana de la modernidad que convierte la vida metropolitana en algo execrable, un invento “diabólico” (p. 52). De allí el tono spengleriano al denunciar la mercantilización del hogar como signo de decadencia (p. 62), explicar la existencia del edificio de departamentos por el utilitarismo de los extranjeros (la “aspiración del huésped que no ama al país”, p. 64) o identificar el comer afuera con el adulterio (p. 60).

Una moralización de los diagnósticos sobre la modernidad que, por fin, introduce una nota ideológica completamente diferente entre la perspectiva nacional y la urbana. Porque en *Radiografía de la pampa*, la mezcla ortopédica de modernidad y tradición había creado una nueva realidad en que “civilización y barbarie eran una misma cosa”, una verdad profunda que debía ser traída “a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud”, de acuerdo a la conocida frase con que finalizaba el libro.¹² En *La cabeza de Goliat*, en cambio, mientras se trata de la perspectiva na-

¹² *Ibid*, p. 256.

cional, la modernidad sigue la misma línea de análisis, pero en la perspectiva metropolitana, es confrontada con una alternativa reparadora: lejos de ser parte de una única verdad que simplemente cabe comprender y aceptar para que comience el proceso terapéutico de la superación, la modernidad es juzgada ahora desde una nostalgia antimetropolitana que encuentra consuelo tanto en los recuerdos de la ciudad premoderna como en la vida extraurbana, en la que incluso la pampa puede aparecer bajo una luz celebratoria: “la pampa es también movimiento, pero no pesimismo y desaliento —aclara Martínez Estrada como respondiendo a los críticos de la *Radiografía*—, sino ejercicio y salud” (p. 114).

4. Llegados a este punto, es posible proponer la hipótesis de que tales cambios de registro ideológico entre *Radiografía de la pampa* y *La cabeza de Goliat* no pueden comprenderse como cambios en el pensamiento de Martínez Estrada, ya que en obras posteriores va a mantener posiciones más próximas a la *Radiografía*, sino como una imposición de la temática urbana: la doble perspectiva que hace posible retóricamente la indagación sobre la metrópoli (el *close up* sobre Buenos Aires) lleva a Martínez Estrada a una clave de explicación dualista de la realidad que está ausente en sus otros trabajos y que abre *La cabeza de Goliat* hacia otras tradiciones del ensayo sobre Buenos Aires.

En efecto, la ausencia de modelos binarios puede destacarse como una de las características fuertes de *Radiografía de la pampa* frente a otras tradiciones del ensayo; por ejemplo, la del regeneracionismo del Centenario, que había invertido en espejo la fórmula sarmientina localizando la barbarie en la *babel de factoría* en que la modernización había convertido a Buenos Aires y situando en las provincias la fuente de civilización auténtica en la que radicaba la cultura nacional; o el derivado más contemporáneo de esa tradición, que expresaba en la idea de “las dos Argentinas”

un género de impugnación a la cultura urbana inspirado en la dicotomía maurrasiana “país falso/país verdadero”, de notable expansión en la década de 1930, una de cuyas encarnaciones más célebres organiza el entero ensayo rival de *Radiografía de la pampa*: la oposición entre el país “visible” y el “invisible” en la *Historia de una pasión argentina*.¹³ Pero si *Radiografía* no ofrecía ninguna contraparte positiva a los males del país —porque no podía haber en ese relato un país “verdadero” opuesto a uno “falso”, ya que Buenos Aires era allí la expresión más acabada de ambos, y en esa mescolanza indistinguible que todo lo contamina radicaba su caos y su condena—, *La cabeza de Goliath*, en cambio, está atravesada permanentemente por visiones mucho más reconciliadas con el “país interior”, que se ofrecen como contraste de la metrópolis asumiendo, como aquel regeneracionismo, una idea de “interior” que refuerza la ligazón espiritualista entre autenticidad y hondura frente a la pura apariencia, superficial y engañosa, de la ciudad-puerto. Ahora, Martínez Estrada encuentra “tierra adentro” no sólo la antítesis de Buenos Aires, sino su antídoto, el remedio para los males que la ciudad Capital le inflige al resto del país y a sí misma.

Esa actitud consoladora va a jugar en la dimensión propiamente urbana del análisis a través de la oposición pasado/presente, en una variante nostálgica también anómala con relación al régimen de argumentación de *Radiografía*, ya que allí la historia no era sino una cadena ininterrumpida de catástrofes que se remontaba a la misma configuración geológica de la pampa. *La cabeza de Goliath*, por el contrario, es muy sensible a todo aquello que Buenos Aires parece haber perdido en el camino de su modernización —o a todo lo que logra vivir contradiciéndola. Por ejemplo, en un

¹³ Véase Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Sur, 1937. He desarrollado el tema de “las dos argentinas”, en “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano, ed., *La Argentina en el siglo XX*, Ariel, Buenos Aires, 1999.

capítulo sobre las demoliciones se critica que Buenos Aires carece de memoria, que vive en una fuga perpetua hacia adelante destruyendo a su paso un pasado que arquitectónicamente es muy pobre, pero “tenía un gran significado histórico” porque “el pasado es la unidad ciudadana” (pp. 78-79).

Es como si el foco sobre la ciudad le impusiera a Martínez Estrada una perspectiva superada, remontándolo a su primera etapa de poeta con la que la *Radiografía* había buscado cortar todo vínculo, aquella etapa en que su participación en la cultura oficial lo integraba al núcleo de los “argentinos de vieja cepa [...] ideológicamente identificados con el pasado heroico o rural previo a la inmigración”.¹⁴

Y es que en *La cabeza de Goliath* ese retorno se presenta a través del género que mejor encarna a aquel núcleo ideológico en la literatura sobre Buenos Aires, el memorialismo, género consustancial por excelencia a la metrópoli, sin duda, porque aparece siempre como reacción refleja frente a la aceleración de las transformaciones que se producen en toda modernización urbana, cuando en el curso de unos pocos años se asiste a la desaparición de todo un paisaje familiar, al que se vuelve con ánimo descriptivo y testimonial, declinando un motivo fundamental de todo decadentismo: el progreso material se acompaña de miseria espiritual.

En Buenos Aires, la tradición memorialista se inició como literatura de las élites porteñas en el momento mismo en que se afirmaba la modernización que habían proyectado, en 1880, año en que la ciudad se convierte finalmente en

¹⁴ León Sigal, “Itinerario de un autodidacta”, en edición crítica de *Radiografía de la pampa*, Leo Pollmann, ed., *op. cit.*, p. 373. Sigal es quien mejor ha tramado las relaciones entre la vida y la obra de nuestro autor en una tesis de 1982 (*Martínez Estrada et le milieu argentin de la première moitié du XX^e siècle*), dos de cuyas partes pueden leerse en “Itinerario de un autodidacta” y “La Radiografía de la pampa: un saber espectral”, los capítulos a su cargo de la edición de *Radiografía de la pampa* citada.

Capital Federal resolviendo una crisis que había impedido durante buena parte del siglo XIX la consolidación institucional del Estado-nación; el memorialismo descubre en ese momento la *ciudad criolla* condenada a la extinción y busca retratarla amorosamente: *Buenos Aires desde setenta años atrás*, de José Antonio Wilde en 1881; *La gran aldea*, de Lucio V. López en 1884; *Las beldades de mi tiempo*, de Santiago Calzadilla en 1891, son algunos de sus títulos más característicos. En *La cabeza de Goliat* el memorialismo aparece de dos modos: como declinación de un tono melancólico, en las mil variantes del *ubi sunt*, con esa conexión típicamente memorialista entre la pérdida de la infancia individual y la pérdida de una infancia de la metrópoli (así, por ejemplo, Martínez Estrada juzga el carnaval: “En los años de mi infancia el carnaval imponía respeto y ciertas máscaras evocaban terror [...]. Más tarde se perdió el espíritu festivo y religioso y comenzó la decadencia” (p. 313);¹⁵ y como recurso de periodización, ya que *La cabeza de Goliat* “cierra” la historia de la ciudad en 1880, colocando allí un parteaguas valorativo desde donde se extiende homogéneo el presente en el cual escribe a finales de la década de 1930. Esto queda planteado desde el comienzo del libro, donde se explica el carácter de Buenos Aires por la superposición estratigráfica de cuatro edades urbanas irresueltas, la de la primera fundación de 1536 (la ciudad del miedo y la soledad), la de la segunda fundación de 1580 (la de la valentía), la de la emancipación de 1810 (“la ciudad de los próceres, la única ciudad nuestra”), y la de la modernización de 1880 (“la

¹⁵ El capítulo “Buenos Aires” de *Radiografía de la pampa* tenía también un apartado titulado “Carnaval y tristeza”, pero allí la vinculación se veía como estructural a toda la historia del carnaval criollo, pensado como expresión no sólo de la tristeza del carácter argentino, sino de la crueldad, la desesperación y la hostilidad; el apartado termina con una anécdota contada por Sarmiento de una máscara en provincia que fue quemada viva por el público, episodio que Martínez Estrada ve repetirse cien años después en un carnaval en Buenos Aires; *op. cit.*, pp. 165 y ss.

ciudad de todos y de nadie”, “persistente y plúmbea”), (pp. 17-19). *La ciudad de todos y de nadie*: pocas definiciones expresan más claramente el disgusto de la élite porteña finisecular con la federalización de Buenos Aires, considerada como enajenación no por inevitable —condición-llave de la unificación nacional y de la afirmación del proyecto modernizador—, menos ultrajante.

5. El rechazo de *La cabeza de Goliat* a la modernidad metropolitana, sin embargo, va mucho más allá de la ambigüedad memorialista y se instala en pleno clima ideológico del Centenario, ya que su valorización dualista encuentra que la ciudad de 1880 no sólo es la “que da la espalda al interior y mira a Europa” (p. 19), sino, especialmente, aquella a la que “se le envileció el alma, las gentes se le mixturaron y saturaron, recíprocamente, con la hez traída de los países de Europa” (p. 169). La presencia contundente de los anatemas contra la inmigración impacta en *La cabeza de Goliat* con un efecto anacrónico: como si se hubiera escrito veinte años antes de *Radiografía de la pampa*.

Por supuesto que en ese primer ensayo de Martínez Estrada la cuestión de la inmigración también estaba presente: era una de las variables inevitables en el repertorio de los “males nacionales”, el carácter “aluvial” de la población. Pero más allá de ciertos juicios generales sobre los efectos de la condición inmigratoria —individualismo, provisoriedad de los vínculos con el país, obsesión con el hacer fortuna— y de las críticas ya convencionales a las políticas decimonónicas que habían pretendido cambiar “de gajo” a la población, el centro de la *Radiografía* estaba puesto en otra parte: en el combate desigual —perdido de antemano— entre la soledad cósmica de la naturaleza pampeana y todo proyecto humano; ante la pampa omnipotente e inhóspita de la *Radiografía*, los hombres que han habitado esta tierra se han sentido siempre extraños a ella, extranjeros en un sentido

existencial. Y la preocupación típicamente positivista en la “promiscuidad de las razas” estaba enfocada mucho más en el mestizaje que en la inmigración europea, última escena, en todo caso, de un drama de siglos.

Sin embargo, en *La cabeza de Goliat* sorprende la presencia continua, a propósito de cualquier tema, de las acusaciones a la inmigración, de un modo que excede lo argumental para convertirse en adjetivación denigratoria: la embestida de un coche en el tránsito es “una rabia de gringo” (p. 37); los repartidores “regularmente extranjeros” dan un trato brutal a sus caballos, “símbolo de lo porteño en extinción” (p. 41); la multiplicación de las casas de departamentos, emblemas del anonimato metropolitano, se debe, como ya mencionamos, a “los gustos de la inmigración”, a los hábitos del “huésped que no ama al país” (p. 64), pero, más en general, el crecimiento vertical de la ciudad se explica en la inmigración, porque “el extranjero se multiplica hacia arriba y el nativo hacia el campo”, y esto se expresa por antonomasia en el centro de la ciudad, donde “la riqueza comercial y el confort” han sido generados por “aerolitos de naciones extrañas” que se han aposentado en esta tierra (p. 86); la explicación de que se demuelan tantos edificios históricos es “el sentimiento extranjero de vergüenza filial” que tienen los ediles (p. 79); Guillermo Enrique Hudson —una de las figuras más admiradas por Martínez Estrada— se fue del país “cuando los inmigrantes empezaban su obra destructora” (p. 243); y podríamos seguir enumerando decenas de ejemplos. Es tal la identificación criollista del autor, que hasta cae en el artificio de contraponer al gusto actual del porteño —“mecánico y cosmopolita”—, el “paladar nacional” del “menú de nuestros abuelos” (p. 119), siendo él, como ningún lector podía ignorar, hijo de inmigrantes.

Como ocurre con casi todos los temas que aborda Martínez Estrada, sobre los que es posible encontrar afirmaciones antitéticas en un mismo párrafo, también sobre éste *La*

cabeza de Goliat contiene pasajes de comprensión más objetiva, pero son excepcionales: el tono dominante es el de impugnación de los extranjeros como una de las razones principales del mal moderno metropolitano, en una identificación clásica del Centenario argentino, cuando la combinación de modernización e inmigración aparecía como la fuente de un diagnóstico dilacerado, porque encontrándose entre las principales razones de la “grandeza” de Buenos Aires que se debía celebrar, al mismo tiempo, mostraba las carencias constitutivas de historia e identidad (una ciudad que se había rehecho sobre sí misma en los últimos veinte años y en que más de la mitad de la población era extranjera). Es el argumento de la patria como pérdida, encarnada dolorosamente en la ciudad Capital, cosmopolita y ajena, que es posible encontrar en los textos de Manuel Gálvez o Ricardo Rojas, exponentes mayores del regeneracionismo, aunque separados por el optimismo de Rojas acerca de la capacidad inclusiva de una *restauración nacionalista* orientada también a las masas inmigrantes.¹⁶ Mucho más cerca del nacionalismo aristocrático de Gálvez (y de Leopoldo Lugones, citado con abundancia en *La cabeza de Goliat*) que de la apuesta de Rojas a un cultivo masivo de la idea de Nación, Martínez Estrada vuelve a proponer aquel argumento casi sin alteraciones en 1940, cuando aquel problema de la definición del carácter y la identidad de Buenos Aires y sus gentes parecía completamente saldado.

En efecto, la crónica periodística había venido registrando desde antes de la década de 1920 el fenómeno de mezcla nacional y social que se estaba produciendo a velocidad vertiginosa en los nuevos barrios populares; no podría haber sido de otro modo, ya que esa nueva realidad socio-urbana

¹⁶ Véase Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), Buenos Aires, Alfaguara, 2001 y Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista* (1909), Buenos Aires, Peña Lillo, 1971.

había generado la expansión del público que explicaba la propia existencia de esos periódicos modernos, así como explicaba también el protagonismo novedoso en la política de la ciudad de un progresismo que tomó cuerpo en las dos fuerzas que se propusieron representar al público barrial, el socialismo y el radicalismo. Por eso, hacia 1918 el barrio popular, cuya existencia apenas se esbozaba en la época de las celebraciones urbanas del Centenario unos años atrás, gana una presencia decisiva en la vida política y cultural de la ciudad; de hecho, las dos expresiones culturales más significativas de Buenos Aires, el tango y el fútbol, habían nacido en esos barrios y ya en los años treinta iban a terminar de vencer toda resistencia aristocrática para imponerse como la nota distintiva de la ciudad. No hay que olvidar que el barrio en los años veinte es el escenario en que se integran las culturas establecidas y marginales, viejas y nuevas, a través de “mil sutiles hilos” que, como señaló José Luis Romero, “concluyeron por crear una trama común en el Buenos Aires de 1930”.¹⁷ Las *aguafuertes* que Roberto Arlt publica en el diario *El Mundo* desde 1928 son el mejor registro de esa trama novedosa, así como de un nuevo tipo de indagación de la metrópoli —heredera de los cronistas finiseculares, como Fray Mocho, más etnográficos que introspectivos—, en el que la mezcla social y nacional del barrio es el fondo naturalizado sobre el que transcurren historias que ya no tienen sólo como destinatario, sino incluso como protagonista, a ese nuevo público metropolitano.¹⁸

Por otra parte, esos cambios también habían quedado registrados en la reflexión sobre la identidad de Buenos Aires

¹⁷ José Luis Romero, “Buenos Aires: una historia” (1970), en *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009, p. 323.

¹⁸ Sobre la Buenos Aires de las aguafuertes de Arlt, véase el estudio introductorio de Sylvia Saïtta en Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires, Alianza, 1993.

que en la década de 1920 emprendieron algunas figuras de las vanguardias literarias. Y esto es doblemente significativo para nuestro argumento, ya que es muy conocida la importancia que el dilema introducido por la inmigración tuvo para las vanguardias argentinas, al que respondieron con un exacerbado nacionalismo cultural.¹⁹ Pues bien, a pesar de ello, es notorio que a lo largo de la década se van a ir tentando diversas fórmulas de negociación con la heterogénea realidad social y cultural, como se verifica en los poemas y los ensayos de Jorge Luis Borges, uno de los vanguardistas más preocupados por la fundación (mitológica) de un carácter criollo para la ciudad. En efecto, los escritos del joven Borges en la década de 1920 buscaban explícitamente la “esencia criolla” de Buenos Aires para radicar allí la “epopeya” capaz de dar forma a una identidad cultural para la ciudad, pero la encontraban en los arrabales donde no sólo se mezclaban la ciudad y la pampa, sino especialmente donde se estaban mezclando todas las nacionalidades de la sociedad popular que formaban los barrios suburbanos.

La vanguardia contribuye a procesar culturalmente esa integración con diversas narrativas. Por ejemplo, al identificar en las humildes casitas suburbanas de los inmigrantes un sabor “clasicista” (producto de un saber hacer artesanal de los constructores italianos que habrían traído en su equipaje una inconsciente matriz latina) que ponía en línea esas casitas despojadas con la blanca y sobria Buenos Aires criolla tal cual aparecía en los grabados de comienzos del siglo XIX, es decir —y tal sería la fórmula de los ensayos y los poemas de Borges, así como de las fotografías de Horacio

¹⁹ Ha sido señalado muchas veces que uno de los objetivos principales de las vanguardias literarias argentinas fue la invención de una “lengua nacional” capaz de contrarrestar los embates del *cocoliche* inmigrante; véase el análisis clásico de Beatriz Sarlo en “Vanguardia y criollismo. La aventura de *Martín Fierro*”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, *op. cit.*

Coppola, su compañero de caminatas por el suburbio—, las casitas blanqueadas con sus modestos patios, así como las calles rectas y la extensión chata del arrabal, permitían reponer una “patricialidad” perdida en la ciudad tradicional afectada por la modernización urbana.²⁰ O, también, al postular, con una especie de telurismo optimista muy habitual en las vanguardias locales, que el “espíritu de la tierra” —del cual se burlaría más tarde uno de sus cultores, Leopoldo Marechal, en la desopilante excursión al barrio de Saavedra de *Adán Buenosayres*— producía efectos de aclimatación cultural traducidos en la rápida criollización del inmigrante; tal la fórmula que puede encontrarse en *El hombre que está solo y espera*, el exitoso ensayo de Raúl Scalabrini Ortiz publicado en 1931. Una versión interpretativa que se consolida en 1936 (en el alud de publicaciones y conmemoraciones estimulado por el Cuarto Centenario de la Primera Fundación de la ciudad) y que continuará reproduciéndose ya convencionalmente en la literatura sobre Buenos Aires empeñada en mostrar que la mezcla ya se ha producido y que ha sido exitosa, porque ha dado forma a una ciudad pujante y original, confianza que surge nítida en libros como la *Geografía de Buenos Aires*, de Florencio Escardó (1945) o la *Biografía de Buenos Aires*, de Pablo Rojas Paz (1951).

6. La Buenos Aires de *La cabeza de Goliat* es inmune a esas convenciones optimistas porque vuelve a estar habitada por un malestar respecto de la inmigración que, en su anacronismo, parece sin embargo capaz de sintonizar un nuevo malestar, completamente diferente aunque análogo a aquél. Una de las razones principales para la consolidación de aquellas versiones que daban por cerrada la etapa de ines-

²⁰ He analizado esa narrativa de la vanguardia en “Imágenes para una fundación mitológica. Apuntes sobre las fotografías de Horacio Coppola”, en Adrián Gorelik, *Miradas sobre Buenos Aires*, *op. cit.*

tabilidad social y cultural en la ciudad, radica en que en la segunda mitad de la década de 1930 había comenzado un nuevo proceso inmigratorio que iba a producir la segunda revolución demográfica de Buenos Aires, esta vez con migrantes internos (de las provincias y los países limítrofes) que se asentaban en nuevos suburbios rodeando la ciudad Capital (esa corona de barrios denominada como el “Gran Buenos Aires”). Una nueva “heterogeneidad” (*tierra adentro*) que, por contraste, va a fijar la auto-representación “homogénea” (*européa*) de la ciudad Capital, sellada con la construcción de la moderna autopista de borde que “cerró” la ciudad al “Gran Buenos Aires” provinciano, la Avenida General Paz, que comienza a realizarse en 1936.

Se trata de un fenómeno que, como tal, pasó inadvertido a casi todos los observadores hasta los primeros años cuarenta; más simbólicamente, hasta el 17 de octubre de 1945, cuando “irrupieron” en la Plaza de Mayo aquellas “masas oscuras” que se habían venido agolpando a las puertas de la ciudad en los años anteriores para establecer a partir de entonces un vínculo indestructible con el peronismo. Insistiendo en un malestar antiguo —y combinándolo con su diagnóstico más contemporáneo sobre “la monstruosa fisonomía pasional” que generan los consumos culturales de las multitudes, las “masas informes, montones de escombros humanos” que llenan los estadios y los parques los domingos—, *La cabeza de Goliath* parece más abierta a nuevas visiones de una sociedad fracturada que aquellos diagnósticos optimistas, que simplemente reforzaban por omisión la nueva fractura social y urbana entre la Capital y el Gran Buenos Aires.²¹

²¹ En los capítulos “Estadios” y “Regreso”, Martínez Estrada hace un análisis de las masas urbanas que parece anticipar la mirada brutal sobre el peronismo que darían Borges y Adolfo Bioy Casares en su cuento “La fiesta del monstruo” (*Crónicas de Bustos Domecq*, 1967). El espectáculo deportivo es visto por Martínez Estrada como purga de la energía y la hostilidad atávica de la sociedad, que repite nuevos rituales en el estadio o el parque: “tumores

La propia existencia del Gran Buenos Aires genera en el libro un desajuste temporal similar. Porque también sobre esta novedad urbana inocultable en la segunda mitad de la década de 1930 Martínez Estrada dice muy poco: se queja contra una expansión sin límites de la ciudad, que “se ha fagocitado” a las localidades suburbanas “en un macizo continuo” (pp. 76-77), pero lo hace de un modo abstracto, como ya se hacía en la década de 1910. De hecho, en *La cabeza de Goliat* se sigue definiendo la estructura geográfico-cultural de la ciudad en los mismos términos que en *Radiografía de la pampa*, a través del antagonismo entre el Este y el Oeste, que significaba decir, entre el puerto y la pampa (entre Europa y el interior), pero también entre el centro tradicional y los nuevos “barrios frontera”. Es decir, una definición que frente a las lecturas conservadoras del Centenario, que restringían toda la problemática de Buenos Aires al interior del viejo casco de la ciudad (y señalaban el principal antagonismo entre el Sur, viejo y tugurizado, y el Norte, más reciente y aristocrático), tenía la virtud de reconocer la aparición conflictiva de los nuevos barrios populares, aunque lo hacía a la zaga, como vimos, de todo el debate político, urbano y cultural de la década de 1920, que ya había *recentrado* la ciudad popular. Y el mejor ejemplo de que *La cabeza de Goliat* está retomando una cuestión ya zanjada en la década anterior, es que uno de los modos en que vuelve a metafóricar ese antagonismo del Este y el Oeste es con la confrontación entre “Florida” y “Boedo”, como se sabe, los nombres de las dos calles con que en los años veinte se situó topográficamente la principal polémica literaria mostrando, de

dominicales y festivos”, “conglomeraciones adventicias” que se derraman por la ciudad en camiones y dan “gritos, actitudes que se vociferan y se arrojan a la cara de los transeúntes, bocanadas de ancestrales hálitos de caverna”. Esos grupos “pueden polarizar por cualquier motivo de análoga naturaleza. Son las que también engruesan las manifestaciones políticas, en muchedumbres que emplean los mismos estribillos...”, pp. 303-304.

paso, la centralidad de las representaciones de la ciudad en la cultura porteña de comienzos de siglo. La polémica era entre los escritores “del margen”, que creían encontrar en los alrededores de la calle Boedo —un barrio popular típico de la mezcla social en la primera expansión de Buenos Aires— el ambiente ideal para su programa de bohemia proletaria, y defendían el realismo social frente a las experiencias de la vanguardia martinfierrista, que tenía su sede en Florida, la calle elegante del centro de la ciudad. El carácter artificioso de la polémica ya comenzaba a señalarse en la segunda mitad de los años veinte, y Borges, martinfierrista pero cultor de los barrios populares, lo expresó como ninguno:

Yo hubiese preferido estar en el grupo de Boedo, puesto que estaba escribiendo sobre los suburbios y la tristeza y los atardeceres. Pero fui informado por uno de los conjurados de que yo ya estaba asignado a las huestes de Florida y que era demasiado tarde para cambiar de bando.²²

Ahora bien, si en *Radiografía de la pampa*, a comienzos de los años treinta, podía todavía tener sentido desplegar un sistema metafórico de la ciudad y la cultura a partir de la polémica Florida/Boedo —el reformismo estaba todavía buscando el reconocimiento urbanístico de la nueva centralidad de hecho que ya tenían los barrios como Boedo—, hacia 1940 la situación es muy diferente: aquello que era suburbio en las décadas de 1910 y 1920 ha dejado de serlo, Boedo ya no es más un “barrio frontera”, sino un típico barrio progresista de clase media, y ha surgido un nuevo margen, en un “Oeste” mucho más lejano, fuera de los límites de

²² La cita de Borges es posterior y ha sido citada sin referencia de fecha por Horacio Salas en su estudio preliminar a *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1995, p. XII; pero en su clásico estudio “Boedo y Florida”, Adolfo Prieto cita otra frase similar de Borges de 1927; véase Adolfo Prieto, *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969, p. 43.

la ciudad capital, por el que *La cabeza de Goliat* no muestra mayor sensibilidad.

Y sin embargo, también en este tema Martínez Estrada parece capaz en su anacronismo de interpelar zonas del pensamiento sobre la ciudad más contemporáneas. Es notorio que su repliegue sobre la ciudad de la década del 1910 y 1920 está apoyado en su rechazo a la expansión metropolitana, a la que le da tres significados: como sinónimo de crecimiento de Buenos Aires a expensas del país, de dilatación de la neurosis de la gran ciudad sobre tranquilos pueblos suburbanos, y de colonización artificiosa del campo. Al mismo tiempo, no cabe duda de que ese rechazo era una opción tomada en conocimiento de los debates del urbanismo: por ejemplo, en *La cabeza de Goliat* se cita más de una vez a Werner Hegemann, urbanista alemán que estuvo en Buenos Aires en 1931 cimentando las posiciones del reformismo urbano y el socialismo político al sostener una visión favorable a la expansión; pero Martínez Estrada lo cita en todo aquello vinculado con los análisis sobre el nivel de hacinamiento permitido por el Código de Edificación en la ciudad Capital, y en cambio excluye toda referencia a la solución que el urbanista alemán encontraba en el proceso de expansión “natural” de la metrópoli sobre el territorio. El sostén teórico de la impugnación al crecimiento de la ciudad lo encuentra, en cambio, en Lewis Mumford, otro autor de gran impacto en esos años, introducido tempranamente en Buenos Aires por la revista *Sur*, que se presta magníficamente para las metáforas socio-espaciales y para la indignación moral contra el “tumor” de la urbanización contemporánea —también expresadas con resonancias spenglerianas—, aunque sus críticas tienen la contracara de un proyecto regionalista que alentaba un uso humanista de la tecnología y el territorio, y que leído estrictamente hubiera obligado a

Martínez Estrada a mirar con ojos diferentes la expansión suburbana del Gran Buenos Aires.²³

De todos modos, más allá de sutilezas, es posible notar que el humor antiurbano de *La cabeza de Goliath* empalma bien con una línea de crítica modernista del caos metropolitano capaz de reunir los diagnósticos racionalistas de Le Corbusier —que también los había hecho sobre Buenos Aires en su visita de 1929— con el talante organicista que se imponía en los años treinta en el pensamiento urbano a través de la hegemonía del regionalismo anglosajón. El mejor ejemplo internacional de esa conexión lo expresaba en 1941 *Can our cities survive?*, el diagnóstico catastrofista sobre la metrópolis que José Luis Sert presentó en los Estados Unidos, cuyas ideas gozarían de gran popularidad en la siguientes tres décadas; y el ejemplo local más inmediato estaría dado por el Estudio del Plan de Buenos Aires, el trabajo de planificación comandado entre 1947 y 1949 en el gobierno de la ciudad por un grupo de discípulos de Le Corbusier, que proponía poner en práctica un repliegue radical de la ciudad sobre su núcleo central.²⁴ El Estudio del Plan de Buenos Aires

²³ Cfr. Lewis Mumford, *Técnica y civilización* (1934), Buenos Aires, Sur, 1960, uno de cuyos capítulos se titula, en directa alusión a Spengler, “el presente pseudomorfo”.

²⁴ *Can our cities survive?*, Cambridge, Harvard University Press, 1942, fue la reelaboración de las conclusiones del IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna que había sesionado en 1933 en un barco entre Marsella y Atenas, pero el modo didáctico de presentación del caos metropolitano que realizó le dio una amplia popularidad a sus hipótesis (también de aquel IV Congreso surgiría la célebre *Carta de Atenas*, realizada anónimamente por Le Corbusier, *La Charte d'Atène*, París, 1943, con prólogo de Jean Giraudoux). La propuesta del EPBA seguía los lineamientos del plan que habían realizado en 1937, en París, los arquitectos argentinos Jorge Ferrari Hardoy y Jorge Kurchan con Le Corbusier; entre otras cosas, concentraba la edificación en la zona central de la ciudad promoviendo un desdoblamiento radical de los alrededores, que quedarían como zona de quintas extra-urbanas; sobre este tema, ver el análisis de Anahí Ballent, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

(EPBA) lanzaba un programa de moralización de la gran ciudad muy similar al de Martínez Estrada, cuyo principio elemental podría reducirse a una *restauración del equilibrio* (ciudad/naturaleza, pasado/presente), perdido a manos de la irracionalidad tecnológica del industrialismo, que convirtió a la ciudad en un “organismo monstruoso”. Como decía Eduardo Sarrailh en una coda de 1955 a la publicación del EPBA, instalado ya plenamente en el dualismo que encontramos en *La cabeza de Goliath*, el urbanismo debía favorecer la “recuperación de los valores perdidos en procura de una imperiosa necesidad de orden urbano”.²⁵ La nostalgia como activadora ética y estética de un programa de renovación urbana: el libro de Martínez Estrada figura en la publicación del EPBA dentro de una muy selecta bibliografía, mostrando un juego de espejos entre el ensayismo y el urbanismo que será muy habitual desde entonces, unidos por un cuerpo de principios: la búsqueda de la autenticidad, el equilibrio y el orden como superación de las lógicas metropolitanas.

7. Hemos leído *La cabeza de Goliath* en sus relaciones con la literatura sobre Buenos Aires subrayando sus saltos temporales en la percepción de la ciudad: un libro que en algunos temas fundamentales parece atrapado en una Buenos Aires dos décadas anterior a su escritura —¿la Buenos Aires que Martínez Estrada conoció recién llegado de provincia?—, pero que por momentos parece sintonizar enfoques contemporáneos e, incluso, anticipar otros. Y quizás esa combinación de anacronismo e iluminaciones anticipatorias sea un rasgo del ensayo introspectivo sobre la ciudad: como si la propia composición estratigráfica de los tiempos de la ciu-

²⁵ La publicación del análisis del EPBA se hizo a la caída del peronismo en dos números consecutivos de la *Revista de Arquitectura*, la publicación oficial de la Sociedad Central de Arquitectos, “Evolución de Buenos Aires en el tiempo y en el espacio”, núm. 375 (1955) y núms. 376-377 (1956). La coda de Sarrailh se publicó en la segunda parte, pp. 115 y ss.

dad, que siempre procede por combinaciones de lo más viejo y lo más nuevo, encontrara una réplica en el *pensamiento figural*, que tanto puede quedar fijado a escenas primarias del pasado como dejar lugar para una dimensión proyectual. Es como si el ensayista produjera una “ciudad análoga”, usando el término de Aldo Rossi: una figuración urbana que reordena todas las temporalidades de la ciudad y las dispone en una escena imaginaria establecida por la memoria personal, pero que en los casos en que la escritura logra captar significados más abarcales, es capaz de trascender en memoria social, poniendo en disponibilidad un conjunto de representaciones pasibles de una continua interpretación.²⁶ *La cabeza de Goliat* parece funcionar así: un libro que discute en tiempo presente con Sarmiento, los viajeros del Centenario y Ortega y Gasset, y se abre a las lecturas como un arcón de sastrero en el que cada quien puede encontrar el retazo que más le conviene.

En efecto, vimos que junto a la reposición anacrónica de temas que surge dominante en el libro también es posible encontrar otras dimensiones —y podemos mencionar aquí otros pasajes en que Martínez Estrada combina la perspectiva etnográfica de Arlt y el encantamiento poético de Borges (el capítulo “Calles de Buenos Aires”); en que identifica cuestiones que seguirán siendo claves hasta el día de hoy para la reflexión urbanística (el capítulo casi pastoral sobre la Costanera, “Lo más lejano”); o en que produce definiciones de Buenos Aires que parecen insinuar nociones de los estudios de la urbanización dependiente (cuando señala, por ejemplo, que el tamaño de Buenos Aires debe ser comprendido como una función de su lugar en el mercado mundial de frutos y mercancías, pp. 24-25). Pero seguramente su principal ilu-

²⁶ He analizado la figura de “ciudad análoga” propuesta por Aldo Rossi en “Historia de la ciudad e historia intelectual”, *Prismas* (Buenos Aires), núm. 3, *art. cit.*

minación radica en la felicidad polisémica del título: encontrando el nombre para el problema “capital” de la Argentina desde el siglo XIX, Martínez Estrada terminó nombrando un rasgo de la urbanización latinoamericana que la sociología urbana bautizaría más tarde, con mucha menos fortuna que el ensayista, como el problema de la “primacía urbana”.

De todos modos, no se puede decir que la sociología urbana como tal haya registrado impactos importantes de *La cabeza de Goliat*. En verdad, el libro se publicó en el momento de mayor prestigio del género ensayístico (nadie dudaba en 1940 de que fuera un género idóneo para interrogarse sobre la realidad social y cultural) y abrió la década de mayor productividad y repercusión de su autor, que a partir de entonces iba a encontrar no sólo un público, sino un núcleo de intelectuales jóvenes que lo reconocieron como maestro.²⁷ Pero ya a finales de la década de 1950 iba a conformarse un campo novedoso de estudios urbanos que tomaría distancia del ensayismo, apostando a un enfoque demográfico y socio-económico que estaba contenido en el título del primer trabajo de Gino Germani dedicado al tema: el “proceso de urbanización”.²⁸ Se trata de una perspectiva

²⁷ En la década de 1940 Martínez Estrada publicó *Sarmiento* (1946), *Nietzsche* (1947), *Los invariantes históricos en el Facundo* (1947) y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948); su obra comienza a proyectarse en América Latina, como muestra la edición por Fondo de Cultura de México de ese último ensayo y de su libro sobre Guillermo Enrique Hudson de 1951, así como el hecho de que se convierte en un colaborador regular de *Cuadernos Americanos*. En 1948 se publica “Reflexiones sobre el pecado original de América”, el artículo escrito por Héctor Álvarez Murena, primer ejemplo de que la obra de Martínez Estrada ha encontrado descendencia, y nexa clave con la nueva generación.

²⁸ Gino Germani, “El proceso de urbanización en la Argentina”, folleto del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, 1959. La figura de Germani (1911-1979), de indiscutible centralidad en la tradición sociológica argentina, ha sido objeto en los últimos años de atención renovada; cabe destacar el libro de Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006, que lo muestra como una figura culturalmente mucho más compleja que la del

que buscaba entender las transformaciones urbanas como encarnación territorial de los procesos resultantes de la industrialización y el desarrollo; generalizado en esos años en todo Occidente —y con especial interés en las ciudades de América Latina, que se veían como especialmente dispuestas para el salto modernizador—, ese enfoque aparecía como garantía de la conversión de los estudios urbanos en una disciplina científica en condiciones de hacer su aporte, bajo el ropaje tecnocrático de la planificación, a la epopeya modernizadora de la época, con un optimismo desarrollista que difícilmente hubieran podido alimentar las indagaciones de la metrópoli del ensayismo.

Esa podría pensarse como la batalla más ardua en el seno de la “tercera cultura” por las interpretaciones de la ciudad entre nosotros, aunque ambas tradiciones partían de un núcleo de ideas-fuerza comunes, dado por la sociología alemana de la modernidad. Asimismo, Germani es uno de los nombres a los que siempre se apela para ejemplificar una empresa de implantación de las ciencias sociales que debió combatir al ensayismo para establecer un pensamiento moderno a tono con una sociedad que se quería modernizada (en un *continuum* entre tipos de sociedad y tipos de *habitus* sociológico fijado taxativamente).²⁹ Pero, al menos en el terreno de los estudios urbanos, es sencillo comprobar que, más que una batalla contra el ensayismo, lo que predominó fue indiferencia mutua: casi no hay registro de referencias

difusor de la sociología funcionalista en que había quedado estigmatizado. Todavía resta realizar, sin embargo, un análisis del papel de Germani en el desarrollo de los estudios urbanos en la Argentina y, sobre todo, la importancia y los efectos de la aproximación urbana en la propia trayectoria de Germani.

²⁹ Sigo el análisis que ha realizado Beatriz Sarlo en *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 80 y ss., donde cita el trabajo de Gino Germani, “Development and Present State of Sociology in Latin America”, folleto del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, 1958.

críticas explícitas y menos todavía de debates. Por otro lado, la fracción de estudios que se ciñó a una versión científicista de su objeto tuvo una vigencia en el tiempo bastante breve —el periodo clásico no va más allá de mediados de los años setenta—, y no llegó a empañar el prestigio cultural de la ensayística ni a impedir su expansión. El urbanismo, que podría decirse que tiene respecto de la planificación una relación análoga a la del ensayismo con la sociología urbana, también mantuvo una presencia destacada en la reflexión sobre la ciudad, apoyándose para ello en el soporte ideológico que le venía del ensayo. Y, finalmente, incluso dentro de la fracción de punta de los estudios urbanos surgieron voces alternativas que hicieron una valoración diferencial de la tradición del ensayo.

Detengámonos, para terminar, en esto último: hay que recordar la temprana reivindicación del ensayo como clave para una teoría de la “ciudad latinoamericana” que hizo Richard Morse, una figura sin duda marginal al ánimo modernizador de los estudios urbanos latinoamericanos, pero sin la cual es difícil imaginarse su desenvolvimiento como campo especializado. Ya desde los años cincuenta, Morse propuso la recuperación de algunas nociones clásicas de la tradición ensayística, como la de “ciudad artificial” que vimos en *La cabeza de Goliat* —Morse apelaba a un elenco muy heterogéneo de autores, de Jorge Basadre a Martínez Estrada o Gilberto Freyre—; se trató, por cierto, de un uso muy creativo de esa tradición, porque presentaba como verdad sociológica inmutable —la existencia de una matriz católica-ibérica resistente a la modernidad anglosajona— lo que en la mayor parte de los ensayistas era motivo de denuncia, realizando una inversión ideológica que define la relación entre tipo de sociedad y tipo de pensamiento social de modo especular y desplazado a como lo hacía Germani: si a una sociedad moderna corresponde la sociología científica, Morse afirma que el ensayo es entonces más apropiado no ya para una so-

ciudad tradicional, sino para una sociedad que —tal sería el caso de la latinoamericana— habría nacido postmoderna.³⁰

Sin embargo, este reclamo de una nueva legitimidad del ensayo no se restringió a esa inflexión ideológica, como se ve en el uso igualmente intenso pero notoriamente diverso que realizó José Luis Romero en sus trabajos sobre la ciudad latinoamericana desde mediados de la década de 1960, en los que dialoga con la línea ensayística maestra de la Argentina, la que conduce de Sarmiento a Martínez Estrada.³¹ En verdad, el propio Romero había formado su equipamiento intelectual en las mismas fuentes de época que habían impactado al ensayista: Simmel y, más en general, el vitalismo y el historicismo alemán introducidos por la *Revista de Occidente* —y por su hermano Francisco Romero, filósofo varios años mayor y compañero en varias empresas culturales con Martínez Estrada—, y siempre mantendría un núcleo duro de fidelidad a esa matriz en su propio trabajo historiográfico.³² Y así como no había nada de tradicionalista en la reivindicación del ensayo que hacía Morse —incluso cuando ésta buscaba reposicionar ideologías tradicionales de América Latina—, tampoco se puede comprender bien el uso que Romero hizo del ensayo sin recordar que al mismo tiempo estaba cumpliendo un papel fundamental en la renovación de la historia —su cátedra de Historia social fue una de las claves de la modernización universitaria a partir de 1955— y,

³⁰ Véase de Richard Morse “La ciudad artificial”, en *Estudios Americanos* (Sevilla), vol. XIII, núms. 67-68 (abril-mayo 1957) y *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*, Buenos Aires, Ediciones SIAP, 1971. He analizado la posición marginal y al mismo tiempo fundamental de Morse en el desarrollo del campo de estudios urbanos en América Latina en “La ‘ciudad latinoamericana’ como idea”, *Punto de Vista* (Buenos Aires), núm. 73 (agosto 2002).

³¹ Véase Adolfo Prieto, “Martínez Estrada, el interlocutor posible”, *Boletín del Instituto Ravignani* (Buenos Aires), núm. 1 (1er semestre de 1989).

³² Carlos Altamirano, “José Luis Romero y la idea de la Argentina aluvial”, *Prismas. Revista de historia intelectual* (Buenos Aires), núm. 5 (2001), pp. 313-327.

más aún, en la transformación de la investigación social en la Argentina —como atestigua su sociedad con Germani en el proyecto de investigación sobre inmigración a finales de la década de 1950. En verdad, esta situación a dos aguas le permite a Romero ofrecer una posición singular sobre la ciudad latinoamericana, al reconocer en la melodía modernizadora que le venía de los estudios sobre urbanización inspirados en la Escuela de Chicago, las tonalidades comunes a su formación ensayística: una agenda de temas que podían reducirse al problema básico de la doble *transición* (tradición/modernidad, campo/ciudad), pero que, como Martínez Estrada, él prefiere ubicar en el registro sarmientino de la civilización y la barbarie. Claro que su solvencia como historiador guía con firmeza esa exploración por la literatura y el ensayo, dando como resultado una obra sobre la ciudad mucho más sólida que *La cabeza de Goliath*.

¿Significa esto que no es adecuada en nuestro caso la periodización sobre la vigencia del ensayo que trazamos al comienzo como hipótesis más general? Todo indica que en el momento de mayor radicalidad de la visión cientificista sobre la ciudad, e incluso desde el interior del campo de estudios que la alentaba, se mantuvo entre nosotros la vigencia de una tradición de lectura de los fenómenos urbanos que hizo más sencillo que en otras partes la rehabilitación académica del ensayo en la década de 1980. Y quizás eso pueda explicar el impacto —y la propia posibilidad de escritura—, de una obra como *La ciudad letrada*, de Ángel Rama, que recentró una vez más los términos del debate de la “tercera cultura” en la ciudad hacia el polo de la literatura.

BIBLIOGRAFÍA

ALTAMIRANO, CARLOS y BEATRIZ SARLO, “Martínez Estrada: de la crítica a *Martín Fierro* al ensayo sobre el ser nacional”,

- en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- ALTAMIRANO, CARLOS, "José Luis Romero y la idea de la Argentina aluvial", *Prismas. Revista de historia intelectual* (Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes), núm. 5 (2001), pp. 313-327.
- BALLENT, ANAHÍ, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- BLANCO, ALEJANDRO, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006.
- BORGES, JORGE LUIS, *Revista Multicolor de los sábados* (suplemento cultural del diario *Crítica*), año I, núm. 6 (16 de septiembre de 1933).
- GÁLVEZ, MANUEL, *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), Buenos Aires, Alfaguara, 2001.
- GERMANI, GINO, "Development and Present State of Sociology in Latin America", folleto del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1958.
- _____, "El proceso de urbanización en la Argentina", folleto del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1959.
- GORELIK, ADRIÁN, "Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura", en Carlos Altamirano, ed., *La Argentina en el siglo XX*, Ariel, Buenos Aires, 1999.
- _____, "Historia de la ciudad e historia intelectual", *Prismas* (Buenos Aires), núm.3 (1999), pp. 213-224.
- _____, "Imágenes para una fundación mitológica. Apuntes sobre las fotografías de Horacio Cópola" en Adrián Gorelik, *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.
- _____, "La 'ciudad latinoamericana' como idea", *Punto de Vista* (Buenos Aires), año XXV, núm. 73 (agosto 2002), pp. 41-48.

- _____, *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.
- GRAMUGLIO, MARÍA TERESA, “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura”, en Alejandro Cattaruzza, dir., *Nueva historia argentina, t. VII: Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- LEPENIES, WOLF, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, trad. de Julio Colón, México, FCE, 1994.
- MALLEA, EDUARDO, *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Sur, 1937.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, “Sobre *Radiografía de la pampa* (preguntas y respuestas)”, en *Leer y escribir*, México, Joaquín Mortiz, 1969.
- _____, *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1983.
- _____, *Radiografía de la pampa* (edición crítica), Leo Pollmann, ed., México, Colección Archivos, 1993.
- MORSE, RICHARD, “La ciudad artificial”, *Estudios Americanos* (Sevilla), t. XIII, núms. 67- 68 (abril-mayo 1957), p. 284-293.
- _____, *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*, Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1971.
- MUMFORD, LEWIS, *Técnica y civilización* (1934), Buenos Aires, Sur, 1960.
- NISBET, ROBERT, *La sociología como forma de arte*, Madrid, Espasa Calpe, 1979.
- PRIETO, ADOLFO, “Boedo y Florida”, en Adolfo Prieto, *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969.
- _____, “Martínez Estrada, el interlocutor posible”, *Boletín del Instituto Ravignani* (Buenos Aires), núm. 1 (1er semestre de 1989), pp. 127-133.
- RELLA, FRANCO, *Metamorfosi. Immagini del pensiero*, Milán, Feltrinelli, 1984.

- RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR, *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros*, Buenos Aires, Deucalión, 1956.
- ROJAS, RICARDO, *La restauración nacionalista* (1909), Buenos Aires, Peña Lillo, 1971.
- ROMERO, JOSÉ LUIS, “Buenos Aires: una historia” (1970), en *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.
- SAÍTTA, SYLVIA, “Estudio introductorio”, en Roberto Arlt, *Agua-fuertes porteñas, Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires, Alianza, 1993.
- SALAS, HORACIO, “Estudio preliminar”, en *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1995.
- SARLO, BEATRIZ, “Vanguardia y criollismo. La aventura de *Martín Fierro*”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- _____, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino VII, Buenos Aires, Ariel, 2001.
- SIGAL, LEÓN, “Itinerario de un autodidacta”, en Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (edición crítica), Leo Pollmann, ed., México, Colección Archivos, 1993, pp. 349-384.
- _____, “La radiografía de la pampa: un saber espectral”, en Martínez Estrada, Ezequiel, *Radiografía de la pampa* (edición crítica), Leo Pollmann, ed., México, Colección Archivos, 1993, pp. 491-538.
- VEZZETTI, HUGO, “El psicoanálisis en el siglo”, *Punto de Vista* (Buenos Aires), núm. 88 (agosto 2007), pp. 1-7.
- VIÑAS, DAVID, “Martínez Estrada, de *Radiografía de la pampa* hacia el Caribe”, en Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (edición crítica), Leo Pollmann, ed., México, Colección Archivos, 1993, pp. 409-424.